

la cultura clásica que culmina en el barroco, en cuya época aparecen los primeros diccionarios técnicos y obras generales de consulta.

A todo momento de divulgación sigue en sentido contrario el proceso que le había precedido, un movimiento de esoterismo del saber que se nimba de misterio. Desde el punto de vista del saber científico esto ocurre desde los iniciales éxitos de Galileo hasta la enciclopedia. El ritmo velocísimo del progreso científico agota en el espacio de los siglos el ciclo que costó, desde la Edad Media, cerca de diez. Los enciclopedistas divulgan el saber científico que se hace atributo de la masa. Con mayor precisión que en ninguna otra época surge el divulgador como tipología concreta. A la línea de Sócrates, Cicerón, y Alciato, hay que añadir Rousseau, el divulgador máximo, personal y socialmente considerado.

Desde la enciclopedia a nosotros y siguiendo el perfil del desmedido progreso técnico, se ha repetido el ciclo y vivimos un momento de intensa divulgación del saber, que lo mismo que en las épocas coincidentes anteriores, cuenta con su peculiar generación de divulgadores. En cierto modo vivimos otro momento enciclopédico, intelectualista, divulgador y propenso al ensayo. El saber misterioso de la segunda mitad del siglo pasado, se recoge y expresa en los contenidos sociales de la expresión «sabio». El «sabio» del siglo pasado, con la insuprímible dimensión novelesca que le rodeó, que dedica sus esfuerzos a la investigación de cuasi inasequibles sectores del conocimiento, ha perdido vigencia social, como lo indica el desuso del adjetivo. Únicamente en las clases sociales más humildes subsiste tal modo de calificación para indicar una tipología social. Según el saber se ha divulgado, ha desaparecido la realidad social de aquella persona de que se decía, no sin un fondo de temor, «es un sabio». Durante el primer tercio de este siglo e incluso hoy actúan divulgadores de indiscutible altura intelec-

